



© Urtzi Elorza, 2019
Photo by Eric Ward on Unsplash

Le llamó, pero fue en vano. Sus ojos solo le respondieron muerte. Pablo se había desplomado y su cuerpo estaba sobre su mochila. Santiago se acercó a él, aun sabiendo que sería inútil. Se esforzó en encontrar una pizca de vida, a pesar de que tenía la certeza de que su amigo le había abandonado. Pronto sería su turno.

Ese era el tercer día que llevaban perdidos en aquella selva. No sabía cómo ocurrió, solo que se habían perdido. Habían salido a dar una vuelta en busca de animales salvajes como los que veían por la televisión y sus únicas provisiones habían sido un bocadillo y una botella de agua cada uno. Iba a ser un pequeño paseo, de unas tres o cuatro horas, así que no pensaron que sería suficiente. Sin embargo, no encontraron el camino de vuelta.

Los móviles no tenían cobertura. “¡Teníamos que haber traído un guía! ¡Al menos un mapa y una brújula!”, había repetido Pablo una y otra vez, pero Santiago quería vivir una experiencia real, algo inolvidable que recordasen a lo largo de toda su vida. Miró el cuerpo inmóvil de su amigo. Estaba claro que así sería.

Santiago no paraba de sudar; había demasiada humedad. Después de beber todo lo de sus botellas, el único agua que habían bebido fue de un pequeño riachuelo que les provocó diarrea y fiebre; a pesar de que habían intentado beber del fondo, al igual que en un vídeo de internet que Santiago había visto tiempo atrás. Por suerte o por desgracia, no vieron ningún animal salvaje y después de lo que pasó con el agua, tenían miedo de comer plantas y frutas que no conocían.

Él no quería dejar ahí a su amigo. Pensaba que algún animal se daría un banquete con él, pero no podía quedarse ahí para siempre, salvo que quisiera morir. Pensó en que quizás no fuese tan mala idea. Se notaba débil, sufría náuseas y sentía que iba a desmayarse de un momento a otro. Dar ese paseo fue idea suya y beber ese agua también. Pablo se perdió, enfermó y murió por su culpa.

Finalmente, empezó a alejarse y dejó atrás a su difunto amigo. Ni siquiera lloró por él. Únicamente pensaba en que el anochecer no tardaría mucho en llegar. Sabía que si no lograba salir pronto de ahí, no volvería a ver la luz del día. Tenía que abandonar la selva antes de que desapareciera el último rayo de sol. Al principio habían pensando que alguien iría en su busca, pero no habían avisado a nadie de que iban a allí, así que era imposible que los encontraran.

Santiago miró al cielo entre los árboles. Encontró el sol. El oeste estaba por ahí, ¿pero de qué le servía eso si no sabía en qué dirección acababa esa interminable selva? El primer día, cuando intentaron volver sobre sus pasos debieron de equivocarse de camino. ¿Cómo no les iba a parecer todo igual si no habían salido de la ciudad en toda su vida? Ahí estaban ellos,

ahora solo él, haciendo *el viaje de su vida*, celebrando que habían acabado la carrera de Derecho.

Se dirigió al oeste, siguiendo los rayos de sol. Pensó que así tendría más horas de luz. De pronto, se paró y dejó la mochila en el suelo. Ya no la necesitaría de almohada, ni la chaqueta, ni la visera, ni la cámara de video, ni siquiera la botella vacía. Debía seguir. “Por Pablo”. Debía salvarse y contar lo buen amigo que había sido. Empleó las pocas fuerzas que le quedaban para seguir avanzando.

Seguía la luz. Tenía que continuar. No podía morir ahí. Iba a tener una vida maravillosa. Ya tenía contrato de becario en un bufete de abogados de gran prestigio. Les había caído bien a los jefes; que fueran amigos de su padre probablemente también influyó. Él confiaba en que le ofrecerían quedarse y que en un futuro no muy lejano iba a tener un buen sueldo. Además, su novia era guapísima. Santiago sabía que era la envidia de sus amigos y presumía de ello. Ella no era muy lista, aunque eso a él no le importaba; incluso lo prefería así. Su novia lo quería con locura y casi siempre le hacía caso. Por eso la eligió, pensando que sería una gran esposa.

Santiago se tropezó y rodó unos pocos metros por una pequeña ladera. Se recompuso y, tras comprobar que estaba bien, siguió andando mientras pensaba en cómo iba a ser su vida.

A pesar de que su novia quería un gato, él prefería un perro y así sería. La convencería diciéndole que le haría mucha más compañía en casa mientras él trabajaba. Él ganaría mucho dinero y como ella ni siquiera tenía un título universitario, así debía ser.

—Como debe ser —dijo Santiago en voz alta.

Un pájaro le respondió. Después, reinó el silencio y con su siguiente pisada surgieron de nuevo todos los sonidos de aquella selva a los que tanto asco había cogido.

—Put a selva —murmuraba una y otra vez.

El pájaro volvió a hacer ruidos.

—Se está riendo de mí, ese puto pájaro se está riendo de mí.

¿Por qué no acababa nunca esta selva? ¿No iba a encontrar a ninguna persona? Siguió entre aquellos árboles, apartando las ramas, con la sensación de que le seguía alguien. Pensó en Pablo y le vino a la mente la imagen de su cuerpo inerte. Entonces comprendió que le perseguía la Muerte. Se paró y observó. No había nadie. Nada se movía. Debía de haber empezado a delirar.

Santiago continuó su marcha pensando en sus futuros dos hijos. Primero tendría un niño, al que llamaría Francisco, como su padre, y al cabo de cuatro o cinco años tendría una niña llamada Sofía. De esa forma su hija tendría un hermano mayor que la cuidase cuando él no estuviese presente.

De repente, cayó al suelo de cara. Alguien le había empujado. Miró atrás y vio a algo meterse corriendo entre unos arbustos. No sabía qué era, pero tenía cuatro patas. Santiago se levantó lentamente. Le dolía la espalda. La tocó con su mano izquierda y se manchó de sangre. Palpó su espalda, como si no la conociera, y descubrió que tenía varios arañazos. Esa bestia le había atacado con sus garras. Lo que no entendía era por qué se fue corriendo en vez de seguir atacándole. Dio gracias a Dios y cogió un palo del suelo. Empezó a mirar hacia todos los lados. Esa cosa se había ido. Notaba cómo la sangre empezaba a colorear sus calzoncillos blancos.

—Si alguien los ve se va a pensar que soy un maricón —Santiago se rió con su propio chiste y siguió su camino.

El dolor le hizo olvidarse de sus náuseas y mareos, pero si seguía perdiendo sangre, tarde o temprano iba a desmayarse y morir. Volvió a escuchar al pájaro.

—Mira cómo se ríe... ¿Habría llamado él a esa bestia?.

Santiago se giró rápidamente al escuchar fuertes pisadas detrás de él. Al darse la vuelta, encontró a una especie de felino en el aire, abalanzándose sobre él. Intentó protegerse con el palo, usándolo como escudo, pero aquella fiera la rompió de un zarpazo, mientras lanzaba un desafiante rugido. Santiago gritó.

Pudo esquivar el ataque directo del animal, aunque no pudo evitar recibir un zarpazo en el brazo izquierdo. Santiago rodó en el suelo. Gritó de dolor. Miró su brazo cubierto de sangre. Le faltaba un gran trozo de piel. El animal se levantó y se preparó para un segundo ataque. Esta vez no iba a salir corriendo.

—¡Vete, cabrón! —gritó Santiago.

Recibió un gruñido como respuesta. El pájaro volvió a hacer ruidos.

—¡Lo sabía!; Lo ha mandado ese hijo de puta!

El animal, que estaba a unos cuatro metros, volvió a dar un segundo salto y se abalanzó majestuosamente sobre Santiago. Él no se movió. No tenía escapatoria. “Es un animal magnífico” pensó. “¿Será un tigre? Parece más pequeño”. Tenía que haber visto más documentales en vez de tanta telebasura. Cerró los ojos para verle la cara a la Muerte.

Escuchó unos disparos y algo cayó al suelo. Al abrirlos vio cómo el pelaje de aquel animal comenzaba a adquirir un color rojizo. “Irónicamente el rojo es el color de la vida” dijo para sus adentros. Se puso de pie y buscó con sus ojos a su salvador. De entre las ramas salió un hombre negro sin camiseta que empuñaba un AK-47.

—Gracias, gracias —le dijo Santiago.

El hombre le empezó a hablar en un idioma que él no entendía, haciéndole gestos para que fuera hacia él.

—¿Hablas español? ¿No? ¿*English?*” —No obtuvo respuesta.

Santiago comenzó a acercarse a ese hombre que estaba a unos veinte metros. Este se giró y dio un grito. Apareció otro hombre más, que se acercó al animal. Santiago, al pasar cerca de esa bestia, le miró a los ojos y vio cómo agonizaba. Seguía vivo. Le costaba respirar y en cada bocanada de aire se le escapaba la vida. El segundo hombre disparó a la cabeza del animal y empezó a gritarle cosas a Santiago. Él no le entendía, pero parecía enfadado.

Cuando llegó un tercer hombre, Santiago se paró. Aquellos hombres fueron a por él. Escuchó el sonido del pájaro. “¡Es una trampa!”. Santiago comenzó a correr en dirección contraria. Los otros empezaron a perseguirlo. “¡Lo sabía! ¡Quieren capturarme! Seguramente son de una milicia de esas y quieren conseguir un rescate. O algo peor. Puede que quieran vengar a sus antepasados y maten a todos los blancos que encuentran”.

Siguió corriendo, empleando toda la energía que le quedaba, sin dejar de sangrar. “Estoy dejando un rastro de sangre y encima ellos son negros. Corren más. Nunca podré escapar”. Miró hacia atrás y vio que uno le estaba alcanzando. Estaba a poco más de tres metros. Le empezó a gritar. Cuando parecía que iba a capturarlo, se paró en seco. Santiago empezó a reírse y cayó al agua.

Al salir de nuevo a la superficie, vio al hombre haciéndole gestos para que volviera a la orilla. Santiago volvió a reírse.

—¿Y ahora qué? ¿No sabes nadar? Normal, ¡no estás acostumbrado a ver agua! —le gritó mientras se alejaba nadando de espaldas—. ¡La victoria es mía!

De repente, Santiago dio un espeluznante grito. Sacó su brazo izquierdo del agua y encontró a un pequeño cocodrilo mordiendo su brazo. El animal no se soltaba. Santiago no paraba de gritar. Notaba cómo le estaba desgarrando los músculos. El cocodrilo abrió la boca tras recibir varios disparos del hombre de la orilla, que no paraba de gritar y de hacerle gestos. En ese momento, Santiago comprendió que le estaba diciendo que saliese de ahí. Tal vez había más cocodrilos y uno adulto acabaría con él sin ninguna duda.

Nadó todo lo rápido que pudo y salió del río llorando. Se puso de rodillas y comenzó a suplicar por su vida.

—¡No me mates, por favor! ¡Tengo una hija! —Él parecía no entenderle—. *You know English? Speak? ¿Eh? Please! I have a son, please! Don't kill me, please! I have money for you!*” —El hombre le hizo gestos para que se tranquilizara.

Aparecieron los otros dos hombres.

—¡Gracias a Dios! *English, please?*

Uno de los dos hombres le agarró el brazo izquierdo y comenzó a observarlo. Rápidamente gritó algo al otro y salió corriendo. Después sacó un walkie-talkie y comenzó a hablar con alguien en ese idioma desconocido.

—¿Qué pasa? *What?*

Santiago miró su brazo izquierdo y, al ver partes de su cúbito sin músculo ni piel, se desmayó.

Cuando volvió a abrir los ojos estaba tumbado en una camilla de lo que parecía un hospital. Se llevó las manos a la cabeza, pero solo la mano derecha alcanzó su pelo. Miró a su izquierda, en busca de su otra mano, y no encontró su brazo izquierdo por ninguna parte. Al ver eso, comenzó a gritar.

Apareció una enfermera.

—¿Y mi brazo? ¿Qué le habéis hecho a mi brazo? —le preguntó entre sollozos.

La enfermera le decía cosas que no entendía y le hizo gestos para que se calmara y dejara de gritar.

—¡Se lo han comido, seguro que se lo han comido! —Santiago no paraba de llorar—. ¡Esos negros me han comido el brazo!

Entró por la puerta una segunda enfermera.

—¡Devolvedme mi brazo! ¡¿Dónde está mi brazo?! ¿Por qué solo hay negras que no me entienden?

Una le sujetó del único brazo que le quedaba y la otra le puso una inyección.

Al cabo de un rato apareció un hombre negro con bata blanca. Santiago, que ya estaba más tranquilo gracias a lo que sea que tuviera aquella inyección, supuso que era el doctor.

—*Bonjour monsieur, parlez-vous français?*

—¿Francés? No francés, yo soy español. ¡Español! *You speak English?*

—*Yes, sir. Are you* —el médico miró el papel que tenía entre manos— *Santiago Álvarez?*

—*Yes! I Santiago! I am! Yes!* ¡Gracias a Dios! *Thanks!*

El doctor se acercó a la mesita que estaba a la derecha de la camilla de Santiago, cogió el teléfono y marcó un número.

—¿Qué pasa? *What?*

—*Wait, please* —le respondió con una sonrisa.

El doctor comenzó a hablar con alguien en ese idioma que no entendía y, tras un minuto de espera, que a él le parecieron cinco, le pasó el teléfono.

—¿Santiago?

—¿Mamá?

—¡Oh, Dios mío! ¡Menos mal que estás bien! ¡Pensábamos que te había pasado algo! —
Ambos empezaron a llorar—. ¡Estábamos muy preocupados!

—¡Mamá! ¡No tengo brazo izquierdo! —dijo sollozando.

—¿Qué dices? ¡No te entiendo! —Ella dejó de llorar—. ¿Qué me has dicho, cariño?

—¡Que no tengo brazo izquierdo, joder! ¡Me atacaron unos animales y luego unos negros!

—¡Tranquilízate, por favor!

—¡Sácame de aquí! ¡Por favor, mamá! —Volvió a sollozar—. ¡Quiero irme de aquí!

—No te preocupes, hijo mío, ya hemos hablado con la embajada española.

—¡Sácame ahora mismo! ¡Quiero volver a España! —Miró al doctor—. ¡Aléjame de estos negros!

—No pasa nada, hijito. Todo va a salir bien. Lo importante es que estáis sanos y salvos. Pásale el teléfono a Pablo, que su madre quiere hablar con él.